
CLASE, CONOCIMIENTO
Y CIUDADANIA.
LA (DES)LEGITIMACION
DEL ESTADO DE BIENESTAR
EN LA PERSPECTIVA
DE LA SOCIOLOGIA
DEL CONOCIMIENTO DE
MANNHEIM

Javier Noya Miranda*
Universidad Complutense de Madrid

Como ha subrayado la gran mayoría de sus estudiosos, en la obra de Mannheim se da una «ruptura epistemológica» entre su etapa alemana y su etapa inglesa, cronológicamente posterior: si en la primera el eje de análisis es la sociología del conocimiento y de la cultura, en la segunda el enfoque se dirige hacia la sociología política y de la planificación, centrada sobre todo en la relación entre la ciudadanía política (democracia) y la ciudadanía social (Estado de Bienestar).

Ideología y utopía, con sus reflexiones sobre los «determinantes políticos del conocimiento», sería quizá la obra que sirve de bisagra, pero, aun así, sin duda sigue llamando la atención la radicalidad del cambio, el abandono casi total de la primera temática en favor de la segunda. Aunque presenta gran interés, en este artículo no entraré en la polémica sobre si, efectivamente, la ruptura es tal o, dada por buena esta idea, sobre si las causas de ese giro fueron de una determinada índole y no de otra.

Más bien lo que quiero proponer es una especie de experimento mental cifrado en la respuesta a una pregunta: ¿qué rendimiento real hubiesen ofreci-

* El autor agradece a Emilio Lamó de Espinosa sus comentarios y críticas. Este trabajo no hubiera sido posible sin la ayuda de dos instituciones: El Ministerio de Educación y Ciencia, con su beca de F.P.I. para la realización de mi tesis doctoral, y la Fundación Juan March.

do las categorías del primer Mannheim en la aproximación a los temas y al enfoque del segundo Mannheim? Lo que haré, por lo tanto, será aplicar al estudio del Estado de Bienestar y de su legitimación, tal como los vio el segundo Mannheim, algunos de los hallazgos sustantivos (no epistemológicos) del primer Mannheim; en concreto:

- la distinción entre *pensamiento conjuntivo* y *pensamiento comunicativo*;
- la idea de las clases o *estratos espirituales*;
- la perspectiva de la *competencia* como forma de estructuración de la sociedad;
- el análisis del *conservadurismo*;
- la visión de la posición social de los *intelectuales*.

A modo de adinículo necesario para este autotrasplante de ideas, también tendré presentes los desarrollos ya clásicos que sobre el tema de la ciudadanía y las clases sociales acometió el que fuera compañero de Mannheim en la London School of Economics en los tiempos de Lord Beveridge: me refiero a Thomas H. Marshall. En este punto creo que será interesante su contraste con la visión mannheimiana de las clases medias¹.

Además de aportar algo a la discusión del legado teórico de Mannheim, el artículo, ya más en general, espera poner de manifiesto la contribución que la sociología del conocimiento puede hacer al entendimiento de los actores y los mecanismos de legitimación y deslegitimación de los Estados de Bienestar. La tarea que acometo es, en lo exegético, muy modesta. No pretendo en lo más mínimo haber descubierto el «Mannheim genuino» o «el nudo gordiano del monumental legado mannheimiano». Me limito a proponer un ejercicio —quizá no muy fiel a su obra— con el que creo que, sin embargo, se puede aprender algo sobre Mannheim (los dos —que a veces ascienden a tres o cuatro, según el especialista en su obra— «Mannheims» que dicen esos especialistas que hubo) y sobre la textura cognitivo-moral del Estado de Bienestar. Sobre lo primero, porque no suele ponerse en relación a los varios Mannheims. Sobre lo segundo, porque en realidad es poca la sociología del conocimiento que se ha hecho teórica o empíricamente al respecto, habiendo esa poca incurrido, además, en una serie de tópicos, generalmente pseudofrankfurtianos, que han acabado por bloquear el planteamiento de la cuestión.

Procederé de la siguiente manera. En tres partes relativamente independientes expondré tres temas del segundo Mannheim a la luz de otras tantas ideas del primer Mannheim. Finalmente, en una cuarta y última parte esbozaré unas conclusiones relativas a las ventajas y los inconvenientes del uso de las ideas de Mannheim en una sociología empírica del conocimiento que se interese por el análisis de la legitimación del Estado de Bienestar.

¹ Sobre el tratamiento de las clases medias en Mannheim remito, sobre todo, a Zeitlin.

I. CLASE

Al paradigma marxista ortodoxo, en el que se sostiene la idea de que existe una correspondencia inmediata, estructural o instrumental, entre los intereses materiales emanados de la estructura de clases y las ideas, Mannheim contrapone la idea de unos «estratos espirituales» que mediarían entre los dos niveles. El estatus ontológico de esos estratos y de su mediación no queda muy claro en la obra de Mannheim. ¿Qué son propiamente: afinidades electivas entre posiciones sociales, plexos cognitivos o un mecanismo de traducción entre ambos? Tal como Mannheim expone el concepto, lo que sí queda suficientemente establecido es que la historia y el «contexto existencial» concreto nutren en muy buena parte su contenido:

«Por estratos espirituales entendemos aquellos grupos humanos que están unidos por una “voluntad de mundo” (de la cual son sólo una parte la voluntad económica, la voluntad de pensamiento, la voluntad artística, etc.) y están “comprometidos” con una economía y un estilo de pensar determinados, en un período de tiempo dado dentro de una unidad social. Sólo después de que (retrospectivamente) hemos investigado en el proceso histórico esas voluntades de mundo y sistemas de concepciones del mundo enfrentados entre sí y hemos podido determinar en principio, mediante semejante diversificación espiritual, la diversificación social, podremos preguntarnos qué “estratos sociales” pueden atribuirse a los “estratos espirituales” así obtenidos. (...) Solamente a través de esta vinculación continuamente cambiante del estrato espiritual se hacen comprensibles las transformaciones espirituales de la ideología» (Mannheim, 1925b: 94-95).

¿Qué rendimiento puede dar esta categoría, esta forma de entender la relación entre intereses e ideología, en el campo de análisis de la legitimación del Estado de Bienestar?

Llevando esta idea del primer Mannheim a la problemática del segundo Mannheim, a la hora de identificar los soportes sociales de la (des)legitimación del Estado de Bienestar, lo que hay que hacer, pues, es dotar de contenido a los dos niveles que se han distinguido:

- las clases sociales;
- los estratos espirituales.

Recordemos que el segundo Mannheim sólo hará lo primero. La cimentación de la planificación democrática para la libertad la atribuye a las clases medias. Esta es el soporte social de ese nuevo estilo de pensamiento. Mannheim da por descontado una especie de «fin de las ideologías» que sería la base del consenso interclasista con el que operarían esas clases medias. Naturalmente, anulado ese presupuesto que se anuda en un obvio *wishfull thinking*, se podría avanzar un

paso más para desentrañar el signo de las alianzas interclasistas que se pueden formar para la gestión redistributiva del Estado de Bienestar. Pero seguiría planeando la cuestión de si las alianzas estarían basadas en intereses de clase, y de si éstos darían cuerpo a estratos espirituales lo suficientemente consistentes y estables. La cuestión es, pues, si en el ejemplo de la legitimación del Estado de Bienestar se puede verificar empíricamente la hipótesis de la mediación de unos estratos espirituales ideológicamente no reductibles a los estratos sociales.

Determinados autores neomarxistas o postmarxistas, como A. Przeworski, han subrayado el carácter «constructivista y situado» de la conciencia de clase: las clases sociales como actores colectivos son el producto, y no la base, de la lucha ideológica de clases, el resultado de la labor de los partidos políticos y los sindicatos en la estructuración del conocimiento social. Hasta donde yo sé, esta idea todavía no ha fecundado la investigación de la legitimación del Estado de Bienestar.

Ha sido Baldwin, un autor crítico tanto de las explicaciones elitistas o «bonapartistas» (en las que caería el enfoque del segundo Mannheim) como de las marxistas o «laboristas» (que ponen el énfasis en los recursos de poder de la clase obrera), el que ha propuesto una línea de investigación sobre el Estado de Bienestar que creo que guarda cierto parecido de familia con la de la sociología de los estratos espirituales del primer Mannheim. La idea de Baldwin es que la imputación de intereses y valores sobre el Estado de Bienestar no hay que hacerla sobre las clases sociales directamente, pues lo que estaría en juego en él es la distribución de unos riesgos que en realidad no varían monótonicamente con la jerarquía de clases. La lucha de clases respecto a la propiedad de los medios de producción y el excedente no agota, ni mucho menos, el abanico de los intereses materiales contrapuestos. En la legitimación o deslegitimación del Estado de Bienestar los actores colectivos son, pues, «categorías de riesgo» que cortan transversalmente las clases sociales, desmembrándolas y rearticulándolas de manera distinta. Si las clases sociales se definen y distinguen en función de su relación con los medios de producción, en las categorías de riesgo

«los actores se identifican y reciben sus intereses comunes de sus relaciones respecto a los medios de seguridad, de su compromiso a favor o en contra de la redistribución de riesgos comprendida por la seguridad social» (Baldwin, p. 9).

Por lo tanto, el investigador debe interpretar, sin presuponerla de antemano, la forma en que las clases sociales interactúan con las categorías de riesgo para dar lugar a distintos discursos sobre el Estado de Bienestar. Para eso, el sociólogo del conocimiento tiene que empezar por poner en claro cuáles son los intersticios entre el Estado de Bienestar y la estructura de clases en los que se gestan esos «estratos espirituales de riesgo» (figura 1).

Algunos autores, al estudiar la estructura de clases de las sociedades de los Estados de Bienestar, creen haber podido identificar clases segmentadas y sedi-

mentadas por las propias políticas de bienestar, y superpuestas a las clases generadas por el mercado. Esas posiciones han recibido el nombre de «clases del bienestar» (Albert). Estos estratos vienen definidos por relación

«no respecto a los medios de producción, sino respecto a los recursos de bienestar organizados por el Estado, y, consiguientemente, por el diferente grado en que se es vulnerable a dejar de recibirlos» (Offe, p. 144).

Offe, por ejemplo, propone un modelo de cinco grupos de estatus, que, del más alto al más bajo, serían:

- los funcionarios;
- los empleados del sector privado con un puesto de trabajo fijo y estable;
- los ancianos, discapacitados, discontinuos y desempleados;
- los que viven de la asistencia social;
- los trabajadores extranjeros ilegales.

Según este autor, habría un conflicto polarizado por el acceso a la seguridad pública que latería entre las clases medias funcionales (los funcionarios y empleados fijos y estables) y el resto de las categorías de riesgo.

Sin embargo, Mayer/Müller apuntan algunos factores que impedirían la consolidación de esos *loci* de estatus como auténticas categorías de riesgo mediadoras entre la estructura de clases sociales y las ideologías del Estado de Bienestar:

- Se trata de posiciones internamente demasiado heterogéneas para satisfacer el criterio de inconsutilidad que exige una categoría de clase (aunque sea de riesgo).
- La situación de clase de los sujetos respecto al Estado de Bienestar viene fijada previamente por su situación en las desigualdades del mercado: el acceso a los derechos de bienestar público en casi todos los Estados se basa en la situación laboral del individuo (tiempo cotizado, etc.). Esas posiciones son, pues, clases subsidiarias de las de clase o «clases sombra».
- Esas categorías no son *stocks*, sino más bien variables de flujo: el paso por ellas suele ser pasajero por tratarse en muchos casos de paréntesis en la trayectoria laboral de los sujetos.
- La situación de provisoriedad anterior hace que los supuestos conflictos por la distribución de riesgos no puedan cuajar en una conciencia de pertenencia a una categoría de riesgo, o que, de hacerlo, ésta sea demasiado volátil.

Creo que esta disparidad de criterios respecto a la entidad del aspecto objetivo de los «estratos espirituales de riesgo», con repercusiones sobre su visibilidad en la conciencia política de los individuos y en la «formación de

clase», no puede saldarse definitivamente sin prestar atención antes a su complejidad ideológica. Para ello, previamente, hay que delimitar la materia simbólica de que está hecho el intercambio político-ideológico en torno al Estado de Bienestar.

II. CONOCIMIENTO

En un escrito temprano, de marcada impronta fenomenológica, Mannheim distinguía dos tipos de conocimiento social: el conocimiento conjuntivo y el conocimiento comunicativo. El primero comprende todas las formas de conocimiento situado y localizado —directamente emanado de la experiencia y la práctica cotidianas— inmersas en el mundo de la vida, el más envolvente para el sujeto. El primero es la materia de que están hechos los puentes entre los islotes de conocimiento conjuntivo, entre los mundos de la vida: es conocimiento transmisible, abstracto y generalizable a todos los mundos de la vida. A pesar de lo opuesto de su terminología, salta a la vista la homología que guarda con esta dicotomía el posterior binomio habermasiano, también de raigambre fenomenológica, entre mundo de vida (comunicativo) y sistema (estratégico)².

Como conclusión del apartado anterior me fijé la tarea de determinar los flujos informativos que como *input* integraban las ideologías y utopías del Estado de Bienestar. Sólo así era posible también diseccionar el estatus de las categorías espirituales de riesgo —¿esencias o constructos?—. Con nociones mannheimianas, creo que ese complejo de conocimientos puede verse bien pictografiado en el diagrama de flujos de conocimiento de la figura 2.1.

Los elementos entre los que circula el conocimiento son la sociedad civil y el Estado de Bienestar —el órgano de planificación para la democracia a cuyo cargo se encuentran las «neutrales» clases medias.

Siendo un conjunto de actitudes y valores ante un aparato abstracto y universalista, en la (des)legitimación del Estado de Bienestar está activado en primer lugar el conocimiento conjuntivo de la experiencia personal con ese sistema, gestada en el contacto (o no contacto) con sus distintas instancias —sanidad pública, educación, seguridad social, etc.—, directamente o a través de otras personas integradas en la red de relaciones más inmediatas (contextos de conocimiento). Naturalmente, el efecto constructivista de los discursos políticos de partidos, medios de masas, etc., también obra sobre esa (des)legitimación. Incluso, en determinadas circunstancias, será ese efecto el que haga que al sujeto se le hagan interpretables sus propias necesidades y los mecanismos públicos que pueden satisfacerlas. El grado de constructivismo de

² Por cierto, las semejanzas entre Habermas y Mannheim no se agotarían en ésta. Habría semejanzas temáticas y de influencias: en su primera etapa, los dos practican una epistemología y una sociología del conocimiento con impronta hegeliana; en su segunda etapa, los dos abordarán temas de sociología política, el Estado de Bienestar sobre todo, y mudarán de influencias: el pragmatismo anglosajón dominará en sus obras.

de las necesidades también variará seguramente de Estado de Bienestar en Estado de Bienestar, según su régimen sea corporativista-paternalista o democrático. Pero, en cualquier caso, siempre habrá esa fuente primaria: los riesgos que distribuye el Estado a nivel macro redundan en el bienestar material de cada individuo, a nivel micro.

Una vez que este «flujo conjuntivo» alcanza al Estado, lo hace a través de dos receptores/transformadores. Mannheim no llegó a desarrollar una teoría de las nuevas clases medias —o, más sencillamente, de la «nueva clase»—, en las que tantas esperanzas puso. Con Gouldner y otros, podemos distinguir dos subclases:

- la nueva clase «humanista» de especialistas socioculturales, que trabaja sobre todo en el aparato estatal de servicios culturales y sociales;
- la nueva clase «política», que protagoniza el papel de *intelligentsia* técnico-económica en el aparato político-funcional.

El tipo de información que entra en sus valoraciones y que utilizan para la toma de decisiones es distinto. Los primeros son conjuntivos; los segundos, comunicativos. Las refriegas entre estos dos tipos de intelectuales vienen de antiguo —de los albores mismos del Estado de Bienestar— y no han perdido ni un ápice de su belicosidad. Por el lado de los intelectuales funcionales, ya en 1917, un primer ministro japonés, Terauchi Masatake, exponía así el infinito respeto, incluso aprecio, que sentía por los funcionarios de los recién creados departamentos de bienestar social, que se le antojaban cripto-socialistas quinta-columnistas: «Para un funcionario, trabajar en una sección en cuyo nombre figura la palabra “social” es sencillamente un ultraje»³. Tan extendida debía estar esta impresión entre los conservadores funcionarios del momento que esos departamentos se bautizarían con el eufemístico «Secciones de Socorro».

Por el lado de los «intelectuales sociales», las estrategias de ataque o defensa de sus conocimientos y/o intereses, al estar ahogadas por la hegemonía cuantitativa y discursiva de los anteriores intelectuales, han tenido menos eco. Pero, precisamente por ello, no han sido menos virulentas. Así, por ejemplo, en un documento programático para la implantación de ingresos mínimos en la integración de la población excluida, se puede leer la siguiente declaración de guerra:

«(...) la gestión administrativa y la gestión económica dominantes del sistema social, concebidas para reproducir un consenso entre los estratos integrados de la población, se han mostrado siempre incapaces de gestio-

³ Citado por Garon, p. 129. El punto de vista contrario, según el cual los especialistas socioculturales del Estado de Bienestar serían un eslabón funcional más en la reproducción de la sociedad capitalista, lo encarna Gouldner. La sociología funcionalista «se adapta muy bien a los requisitos del Estado benefactor... ya que le sirve como una suerte de *holding* para los diversos problemas sociales provocados en forma recurrente por el funcionamiento normal de las instituciones principales de la sociedad» (Gouldner, 1979, p. 155).

nar las situaciones extremas y los grupos sociales marginados y excluidos. Desde este punto de vista, las altas tecnologías sociales consisten, esquemáticamente, en reemplazar el puro gestor administrativo y burocrático por el trabajador social. No solamente a título personal (...) sino también y sobre todo con la ayuda de utensilios, técnicas y un saber propios al sector social» (CAM, pp. 67-68).

La legitimación del Estado de Bienestar lo es de la interacción y simbiosis entre los conocimientos y prácticas de ambos tipos de intelectuales. Cuando una de las dos subclases ejerce un predominio desequilibrador sobre la otra surgen problemas de legitimación:

- Por parte de la clase capitalista, si la *intelligentsia* conjuntiva toma las riendas, porque ésta puede hacer prevalecer la lógica de las necesidades sobre la de la capacidad y la eficacia. Así surgiría el discurso de los problemas de gobernabilidad.
- Por parte de los «clientes» del Estado de Bienestar, si asumen el control los intelectuales comunicativos, porque éstos intentarían sacar adelante su ingeniería social contra los problemas sociales, utilizando para ello criterios formales y abstractos lesivos de la lógica conjuntiva de funcionamiento de los mundos de vida. Así surge el discurso de la colonización del mundo de la vida y las propuestas del pluralismo del bienestar.

Finalmente, el flujo retorna a la sociedad civil en forma de conocimiento comunicativo para interactuar de nuevo con el conocimiento conjuntivo. El Estado de Bienestar no sólo estructura «materialmente» —mediante servicios o transferencias monetarias— la sociedad civil: también lo hace cognitiva y simbólicamente⁴. En el nivel más micro, esa estructuración, según De Swaan, se habría manifestado en los siguientes fenómenos:

- el aumento de la valoración positiva de los servicios que los expertos y profesionales del Estado de Bienestar ofrecen a los ciudadanos (protoprofesionalización);
- la agudización de la orientación de las personas hacia el futuro, de una disciplina de posposición de las gratificaciones (autocontrol);
- un aumento de la conciencia de la generalización de la interdependencia entre los individuos (racionalización).

Esto en lo tocante a la forma de la percepción. Pero también en sus contenidos se da esa estructuración.

⁴ En Beltrán se puede encontrar una perspectiva desde el «constructivismo» o fenomenología sociales sobre este tema, que este autor acierta a denominar «la construcción administrativa de la realidad social». Con terminología de Schütz, resumiría su hipótesis así: en las construcciones de primer orden (las tipificaciones cotidianas de los sujetos) juegan un papel cada vez más importante, estructurador, las construcciones de segundo orden (las tipificaciones de los especialistas sociales).

La difusión de las estadísticas del paro, las instituciones de lucha contra él, alimentan en la conciencia colectiva la categoría de parado como segmento específico de la población⁵. La seguridad social y las pensiones trazan a los sujetos el horizonte temporal, un patrón por el que regirán sus ciclos de vida —entradas y salidas del mercado de trabajo, etc.⁶.

Sucede, además, que las sociedades avanzadas del Estado de Bienestar son «sociedades del conocimiento» (o, si se prefiere, «sociedades reflexivas»), en las que multitud de expertos concurren a los mercados de oferta de sentido con distintas definiciones de la realidad social⁷. La competencia llega también al «mercado interno» de los profesionales del Estado de Bienestar. Los economistas pugnan por hacer que los individuos perciban la sociedad como agregado o sistema de magnitudes económicas. Los sociólogos, a veces conjuntivos y a veces comunicativos, también contribuyen a la estructuración cognitiva de la sociedad⁸. A través de ellos —sobre todo de aquellos empleados en el Estado de Bienestar o vinculados a los distintos actores colectivos (patronales, sindicatos, partidos, movimientos sociales)—, los individuos se ven a sí mismos como integrantes de una sociedad dividida en clases sociales, o estilos de vida, o generaciones..., o categorías de riesgo⁹.

La sedimentación de definiciones en prácticas individuales y colectivas es un proceso de aprendizaje social. En éste, la distribución de los recursos de poder (que permitan imponer las definiciones de la realidad propias frente a las de otros, todo ello en el marco de esas luchas por la estructuración cognitiva de la sociedad) será la que dicte quién desempeñará el rol docente y quién el discente¹⁰.

⁵ Véase Salais para las instituciones, tomando como referente empírico Francia, y Zillian para las estadísticas.

⁶ Véase Kohli.

⁷ En Stehr se desarrolla en profundidad el tema de la sociedad del conocimiento y sus consecuencias —¡ni más ni menos que un cambio de paradigma!, si me apuran— para la sociología del conocimiento.

⁸ Véase Callon/Latour.

⁹ Para una discusión de la relación entre sociedad del conocimiento y sociedad del trabajo (y Estado de Bienestar) remito al lector a mis comentarios sobre Stehr en mi trabajo «La sociología del conocimiento, entre las sociedades del trabajo, de la comunicación, del conocimiento y del riesgo», en este mismo volumen.

¹⁰ La teoría de la estructuración política del conocimiento, si incorpora el poder como variable interviniente, no puede dejar de ser al mismo tiempo una teoría de la resistencia. En su deconstrucción cognitiva de la desigualdad social, el Estado de Bienestar y sus expertos encuentran la oposición de sus mismos beneficiarios: por ejemplo, si éstos se niegan a ser estigmatizados como receptores de la asistencia social. Puede que incluso la estructuración sea posible sólo a través de esa resistencia, en la que se pondría de manifiesto el equilibrio de fuerzas de la realidad social que se pretende estructurar, que sería opaca en estado de reposo. A esto es a lo que se refiere Wolfe en su magnífica sátira de los avatares de las políticas de lucha contra la pobreza en los Estados Unidos y de la forma de resistencia encontrada en los *ghettos* negros: el *mau-mauar* (explosiones de violencia más ritual que real). «Lo extraño era que el ritual del enfrentamiento se basó desde un principio en el programa contra la pobreza. Los burócratas del programa contra la pobreza necesitaban los enfrentamientos para saber qué hacer... El programa contra la pobreza no sólo animaba a *mau-mauar*, prácticamente lo pedía...» (Wolfe, pp. 110 y ss.).

En todo lo anterior no se puede presuponer la benevolencia de las «nuevas clases medias conjuntivas» (los profesionales socioculturales). Lo quieran o no, están inmersos en una competencia tal que se ven impelidos a estrategias de enfrentamiento o alianza con los especialistas funcionales que no siempre beneficiarán a los clientes del Estado de Bienestar.

Creo que este esquema de sociología del conocimiento nutrida de la teoría de los cierres sociales sería coextensible con algunos de los modelos económicos de la escuela de la «elección pública» en los que, además, la información, la percepción y, ya más en general, el conocimiento encajan como clave de bóveda en la modelización de la Hacienda democrática. Me refiero, naturalmente, a la hipótesis de la «ilusión fiscal». Según los diversos defensores de esta hipótesis, el Estado es un Leviatán malevolente formado por burócratas que lo único que en realidad persiguen es la expansión de la burocracia a toda costa. Con este fin nada loable, no dudan en imponer unos sistemas fiscales que resulten densos y opacos a los votantes: unos sistemas complejos y que pivotan lo más posible sobre los impuestos indirectos. Esta invisibilidad obrará de forma que los ciudadanos nunca perciban el coste real de la actividad pública. Es así como los burócratas ceban su máquina burocrática, sin que los votantes puedan poner coto a ese crecimiento innecesario e ineficiente, pues los «recursos cognitivos» oportunos para ello han sido bloqueados. (Ignorancia inducida que —haciendo un inciso— también redundará en la distancia con que los ciudadanos perciben y valoran al Estado: por más que éste gaste, al ciudadano siempre le parecerá poco; esto dará pie nuevamente al burócrata a incrementar el presupuesto público.)

El eslabón fundamental en este círculo diabólico es la relación entre los políticos y los burócratas (véase figura 2.2). En principio, los primeros, que han sido reclutados democráticamente, deberían defender los intereses de los ciudadanos y frenar el incrementalismo burocrático. Sin embargo, la anterior estructura de (des)conocimiento hace que, en general, el resultado más probable sea la alianza entre el político y el burócrata en contra del ciudadano. Nuevamente, el balance de poder es la variable fundamental que determina el signo del juego de suma cero entre los ciudadanos y los políticos/burócratas. Pommerehne y Schneider han demostrado empíricamente que en una democracia altamente participativa, con mayores cotas de poder de decisión en manos de los ciudadanos, la ilusión fiscal se diluye en un juego de suma positiva.

III. CIUDADANIA

En la construcción de la realidad ideológica del Estado de Bienestar, la estructuración del conocimiento se da, por lo tanto, en dos pasos: primero es la competencia entre actores colectivos por la imposición o el bloqueo de las categorías de riesgo como identidades sociales; después, la competencia entre categorías de riesgo por la imposición de su definición de los riesgos.

Mannheim (1928) vio en el fenómeno de la competencia entre estilos de pensamiento un mecanismo fundamental de la vida social que, por su potencial dinamizador, sólo tendría parangón en el recambio generacional.

«La competencia no opera meramente en el margen, como estímulo, como inductora o como causa esporádica de la producción intelectual (hecho éste que cualquiera estará dispuesto a reconocer), sino que entra como elemento constitutivo en la forma y el contenido de todos los productos y movimientos de la cultura.» (Mannheim, 1928: 329).

También observó las oscilaciones en el mundo de las ideologías entre la competición atomística, de todos contra todos, y las síntesis de ideas, con las soluciones intermedias de concentración polarizada.

En el Estado de Bienestar meritocrático, al que es consustancial el reemplazamiento del estatus adscrito por el estatus adquirido, la competición más encarnizada lo es por el acceso a la educación. El campo de la distribución de las oportunidades educativas libera enormes fuerzas conservadoras y utópicas en esas sociedades.

Las clases medias, en las que con Mannheim hemos fijado la atención, parecen haber oscilado a este respecto entre el utopismo y el conservadurismo. En un principio engrosó con la clase obrera un estrato ideológico proestatista no (sólo) por compromiso moral, sino porque esperaba beneficiarse también de la democratización de la educación. En este momento era una clase que defiende la ideología utópica de la clase obrera. Ahora bien, cuando empieza a culminarse esa democratización y esa clase obrera se convierte en una clase ascendente que aspira a los mismos niveles de ocupación y consumo que las clases medias, haciendo valer títulos educativos análogos a los suyos, las clases medias dejan de prestar su apoyo a esa institución democratizadora, universalista. La clase media es ahora «ideológicamente ideológica o conservadora». Se ha abierto la competencia posicional por la educación: un poco más de educación de la clase obrera supone un poco menos de nivel de vida para la clase media¹¹. La clase media defiende su posición aliándose con la clase capitalista en un estrato espiritual conservador (véase figura 3).

Desde la educación, la fuente básica de oportunidades y riesgos en las sociedades meritocráticas, la deslegitimación del universalismo se expandirá

¹¹ Sobre la competencia en sentido social, y no sólo económico, véase también otro clásico: Simmel (pp. 265-356). Sobre la competencia posicional en el seno del Estado de Bienestar, véanse Esteve, en el que me baso en estas páginas, y Dahrendorf. La igualdad de oportunidades a través de la educación harían de la sobrecualificación y el desplazamiento de los menos cualificados por los más cualificados en el mercado de trabajo la principal manifestación de esa competencia. Ahora bien, a esta hipótesis se le podría objetar: primero, que el mercado de trabajo está segmentado en varias colas de acceso con distintos grados de exigencia de cualificaciones, con lo que la competencia generalizada sería una ficción derivada de la misma ficción del «mercado» de trabajo, y, segundo, que una mejor cualificación no es siempre garantía de acceso a un puesto de trabajo: los empleadores pueden preferir a alguien menos cualificado, con menores pretensiones y más maleable. Véase Carabaña para la ilustración empírica de estas correcciones de la hipótesis posicional.

también a otros programas del Estado de Bienestar. En todos ellos lo que empieza a operar sobre la clase media es la ley de la mistificación de Mannheim/Bloor, que relaciona el grado de seguridad o amenaza sentido por un grupo social con su forma de percibir la realidad social. Los que ven amenazada su posición en la sociedad tienden a idealizar o mistificar como trascendentes los conocimientos y valores dominantes de esa sociedad. Por el contrario, quienes están en una posición cómoda, por no verse amenazados o por ser los que amenazan, tienden a naturalizar o inmanentizar como fluidos transformables, no eternos, los conocimientos y valores de esa sociedad¹² (véase figura 4).

Las nuevas clases medias, las clases medias que fundan su estatus en la educación, en sus discursos sobre el Estado de Bienestar —las «nuevas necesidades» y el «pluralismo del bienestar», las críticas contra la burocratización y profesionalización del bienestar social—, empiezan ya a hacer prevalecer el principio de la elección individual por encima del de la solidaridad social. El sentimiento de estar amenazada por la clase obrera en la competencia posicional por los bienes del Estado de Bienestar le lleva a deslegitimar el universalismo y a entronizar al individuo y a su libertad como bien sagrado irreconciliable con la igualdad¹³. El germen que se sublima es el que late en el principio de equidad sancionado por el ideal meritocrático: a cada cual según su esfuerzo y capacidad personal. Atendemos así a la anatemización del principio de igualdad basado en las necesidades y a la mistificación del de equidad en el de libertad¹⁴.

A esta primera forma de compulsión mistificadora, de la que no pueden sustraerse las clases medias, se le suma otra.

T. H. Marshall contemplaba un avance lineal de la institucionalización de los derechos sociales toda vez que los derechos de propiedad y los derechos políticos (fundados sobre el principio liberal de la elección individual) estaban definitivamente arraigados en las culturas e instituciones occidentales¹⁵. Reelaborando ideas de Mannheim —con Mannheim y a pesar del mismo

¹² Véase Bloor, pp. 55-73.

¹³ En Wegener encontrará el lector un análisis empírico de la acogida de este principio de equidad entre las nuevas clases medias de un Estado de Bienestar como el alemán. La operacionalización la hace el autor con la problemática categoría de «clase de servicio» de Goldthorpe. De todas formas, matizando lo dicho, la evidencia empírica de la deslegitimación posicional del Estado de Bienestar por parte de las clases medias dista de ser concluyente. Se ha abundado mucho en la adhesión de estas clases a nuevos valores muy generales, pero no se ha establecido cuál es la relación de éstos con las actitudes concretas ante el Estado de Bienestar. Para el caso español se puede consultar mi trabajo mencionado en la bibliografía. Ya en el campo teórico, creo, algunos defensores de la hipótesis posicional de la «traición de las nuevas clases medias» pueden estar incurriendo en las lacras en las que ya cayera un precedente olvidado, la hipótesis de la «traición de la burguesía»: hipostización de intereses, estructuralismo y ahistoricismo. Véase Clavero.

¹⁴ La equidad es coextensible con la libertad como principio legitimador de las desigualdades: «¿cómo podría ser de otra manera en una sociedad que ha diseminado los derechos de propiedad privada entre multitud de accionistas y compañías aseguradoras, y que se está convirtiendo en una organización vertical de profesionales? Los segmentos verticales tienen que cooptar y promover el talento: la igualdad de oportunidades es condición necesaria para ello. Las instituciones necesitan que la igualdad de acceso se incorpore a los principios legitimadores centrales» (M. Douglas, p. 115).

¹⁵ Además de la obra clásica de Marshall, véase también Bertilsson.

Mannheim—, estamos viendo que, sin embargo, la legitimación del Estado de Bienestar se nos muestra sometida al albur de corrientes más caprichosas que las de la ineluctabilidad de la historia, que obrarían a veces a favor y a veces en contra de esa tercera ola de ciudadanía. Las fuerzas de deslegitimación de la ciudadanía social vienen galvanizadas por una tendencia estructural que Marshall apuntó sin que llegara a intuir sus perversas consecuencias. Me refiero a la «colectivización» de las profesiones liberales. La materialización de la extensión de los derechos sociales exige que se socialicen muchos de los servicios que las profesiones antes ejercían privadamente y privativamente —a quien pudiese permitírseles—. Con el Estado de Bienestar, determinadas profesiones, como los médicos, que gozaban de un alto grado de autonomía se ven obligadas a cederla o a ejercerla en un marco más restrictivo¹⁶. Esta situación, a medida que el Estado de Bienestar extiende sus tentáculos a cada vez más profesiones liberales, se vive como burocratización y «proletarización» de los profesionales, de las clases medias. La amenaza de la colectivización les arroja en los brazos del individualismo¹⁷.

IV. CONCLUSION

Habermas ha cifrado la crisis de legitimidad del Estado de Bienestar en lo que él ha llamado el «agotamiento de las energías utópicas de la sociedad del trabajo». El ideario utópico de la Modernidad tal como lo defendió el marxismo pasaba por la emancipación a través de un trabajo libremente elegido, autónomo, no alienante, compensado según las necesidades o las capacidades de cada uno. Sobre esta piedra angular de la sociedad del trabajo, tanto el conservadurismo (para socavarla) como la socialdemocracia (para ensancharla) edificaron los modernos Estados de Bienestar, persiguiendo la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera sin alterar el presupuesto inmovible del trabajo asalariado. Según Habermas, la imposibilidad del pleno empleo y la debilidad de la fuerza de gravitación del ámbito de la producción sobre las

¹⁶ Desde esta perspectiva, algunas reformas del Estado de Bienestar, como las que están en marcha en varios sistemas públicos de sanidad —introducción de mercados internos, etc.—, por devolver a los profesionales cotas de poder importantes, podrían interpretarse como políticas desproletizadoras de las clases medias del sector público. Esas mayores dosis de autonomía y participación han llevado a Hogget a comparar el efecto de esas reformas en el sector público con el de la organización postfordista o de especialización flexible de la producción en el sector privado.

¹⁷ Recientemente, Turner ha lanzado la idea de que la teoría de la ciudadanía de T. H. Marshall queda incompleta por no incorporar un último —y parece que definitivo— paso: el dado desde la ciudadanía social a la ciudadanía cultural. Turner rastrea en la idea de la democratización cultural de Mannheim las semillas teóricas de esa que sería cuarta ola de derechos de ciudadanía. A pesar del optimismo de Turner, creo que la dinámica de deslegitimación que estoy elaborando acabaría por afectar por igual a la democratización cultural de Mannheim. El mismo Turner así da a entenderlo implícitamente cuando menciona como objeción fundamental al argumento de Mannheim las estrategias de distinción de Bourdieu.

actitudes y los comportamientos han hecho que la utopía de la sociedad del trabajo, y con ella el Estado Social, entren en una crisis irreversible, en un oscuro callejón sin salida. Ante ese impás identifica tres «estratos espirituales»: el legitimista, el neoconservador y el antiproductivista.

Lo que me interesa destacar aquí respecto a este análisis de las ideologías y utopías del Estado de Bienestar es que, independientemente de las conclusiones, el análisis estructural habermasiano queda cojo porque no considera el entramado de estrategias e interdependencias existente entre los actores involucrados en la actualización o paralización de esa utopía de la sociedad del trabajo. Diversas investigaciones empíricas llegan a la conclusión de que el paro estructural es el resultado de la confluencia de un determinado tipo de actores e instituciones políticas, y de que la estructuración de las actitudes por la clase social varía mucho según los distintos países debido a las tradiciones, la organización de los intereses y las contingencias de la acción colectiva en ellos¹⁸. Para buscar una explicación al final del utopismo pro-estadista hay que ser metodológicamente dualistas y no atender sólo a la «estructura», sino también a la «acción»¹⁹. Esto es lo que he intentado yo en estas páginas al hilo de la actualización del análisis de las ideologías tal como lo propugnaba Mannheim: en términos de clases ascendentes y descendentes, de competición social, de estratos espirituales.

Mannheim, a su manera, también compartía esa utopía de la ciudadanía del trabajo con el marxismo de su época. El la concretaba en la planificación democrática, trasunto de un Estado keynesiano en lo económico o un Estado de Bienestar en lo social, y señalaba como soporte de su legitimación a las clases medias. Pensaba que ellas sí podían escapar a la lacerante competencia entre los estilos de pensamiento conservador-romántico y utópico-ilustrado, idea ésta con antecedentes en la del primer Mannheim del intelectual *freischwebender* ajeno a la determinación existencial del pensamiento.

En estas páginas, el análisis en términos manheimianos de la (des)legitimación del Estado de Bienestar ha arrojado como conclusión que las clases

¹⁸ Véase Therborn (1990).

¹⁹ Apurando aún más la crítica del argumento estructural de Habermas-Offe, creo que se debería tener en cuenta lo siguiente. Por supuesto, el desempleo causa problemas, sobre todo fiscales y de gasto, a los Estados de Bienestar en general. Otra cosa, sin embargo, es el tipo de crisis a la que apuntan estos autores, que, a mi modo de ver, afectaría ante todo al régimen de Estado de Bienestar de los países en que la Seguridad Social o la Sanidad Pública se financian en su gran parte a través de las contribuciones de los propios trabajadores. Tal sería el caso de la República Federal Alemana, a partir del cual Habermas y Offe construyen un argumento con pretensiones de generalización a todos los Estados de Bienestar. No está, sin embargo, nada claro que el alcance de la crisis que entrevén Habermas y Offe sea el mismo para un segundo tipo de Estados de Bienestar, financiados por los empleadores o mediante los impuestos, como Suecia o España. En el primer tipo, en circunstancias de paro estructural, efectivamente, habría una deslegitimación del Estado de Bienestar por la clase obrera —la que más sufre el desempleo— al verse desprotegida, que sería el correlato empírico de la hipótesis teórica del «agotamiento de las energías utópicas». En el segundo caso, la deslegitimación tendría origen en las clases medias y la clase capitalista, al ver que soportarían ahora toda la carga fiscal.

medias se han visto igualmente absorbidas por el torbellino de esa competencia. En tales circunstancias, quizá el distanciamiento racional hiciera posible una recomposición del pacto keynesiano entre las clases que transformase el juego posicional de suma cero en un juego de suma positiva para todas las partes, pero el compromiso emocional y el sentimiento de amenaza atenazan a la clase media en un doble vínculo que le impide remontar el vuelo libre que Mannheim esperaba de ella²⁰. La fuerza centrípeta de la competencia posicional ha podido más que la centrífuga del «efecto Münchhausen»²¹. No podía ser de otra manera: el barón corría el riesgo de que le arrebatasen su caballo.

²⁰ Tomamos esta acepción de doble vínculo (*Doppelbinde*) de la sociología del conocimiento de Elias.

²¹ «El “efecto Münchhausen”... la capacidad de los seres humanos para elevarse por sus propios medios ideológicos» (Therborn, 1987: 37).

FIGURA 1

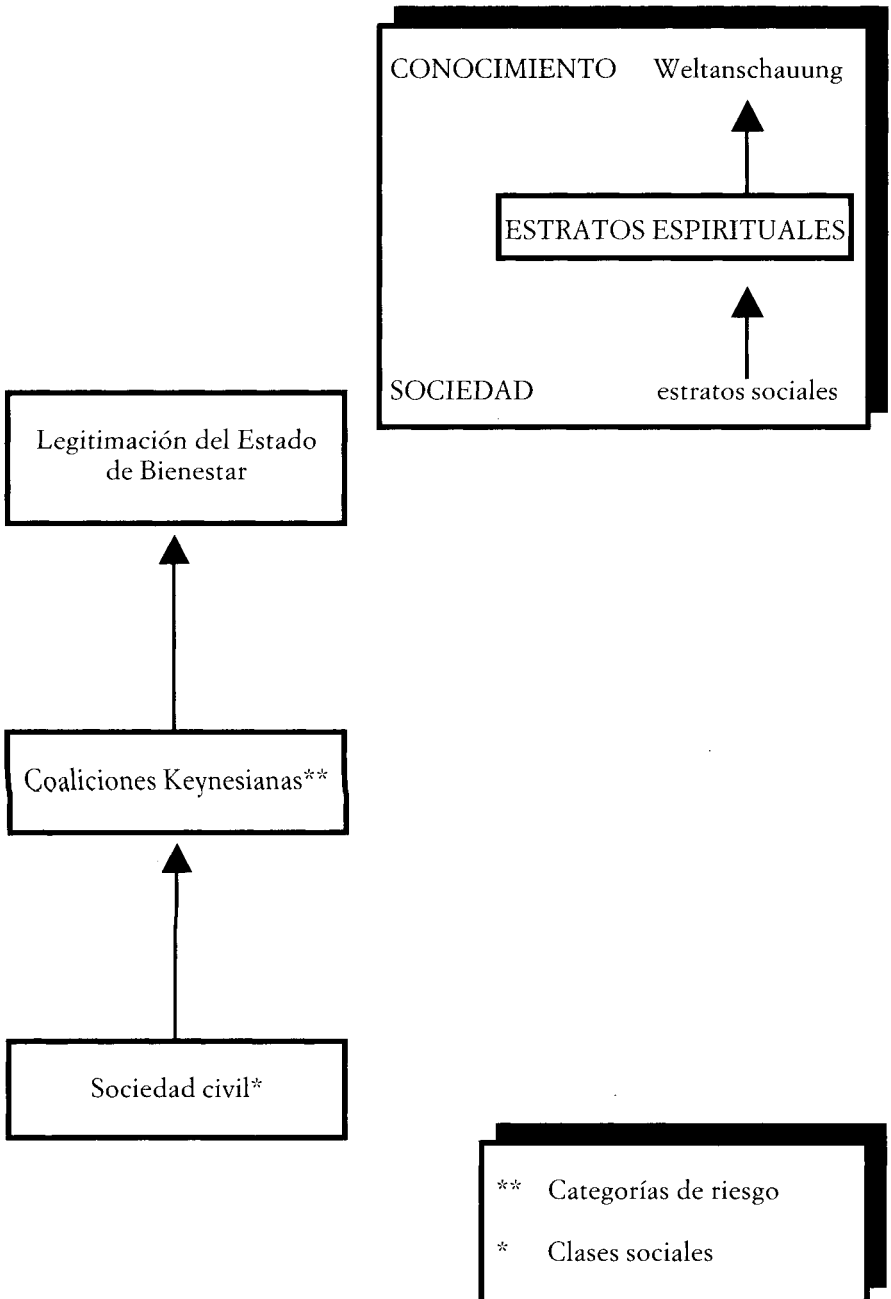


FIGURA 2.1

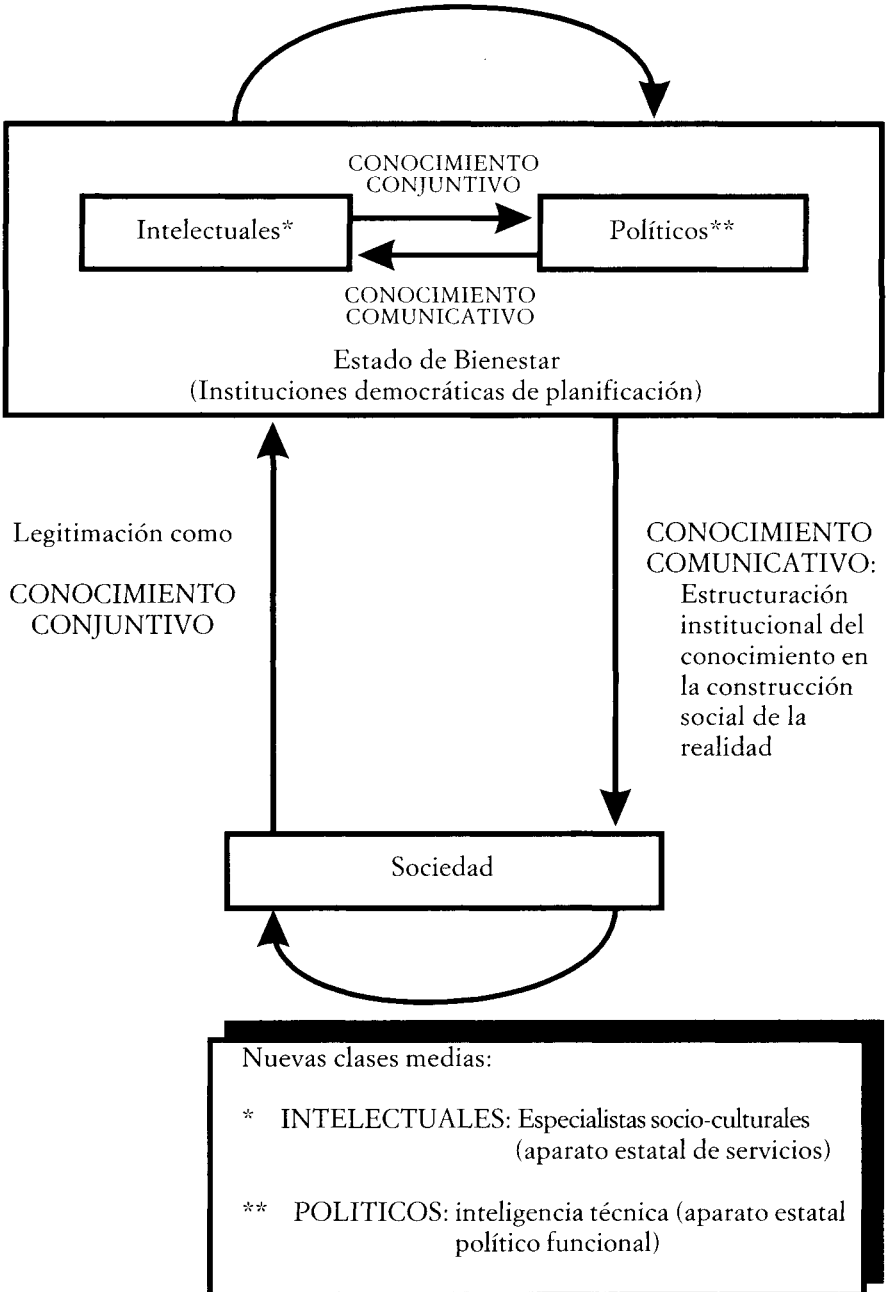


FIGURA 2.2

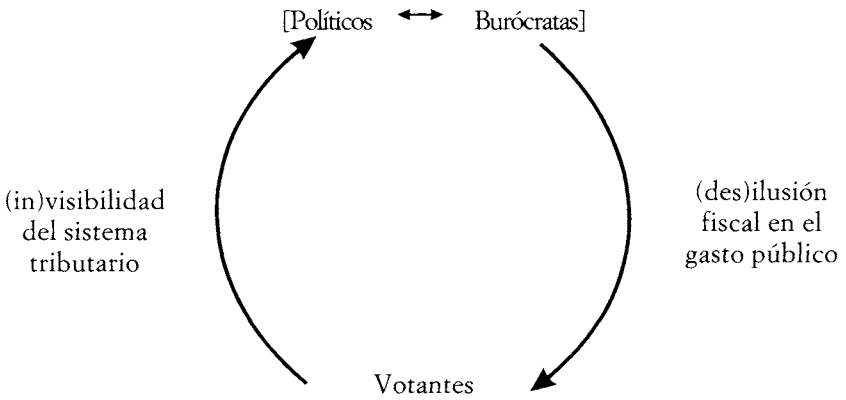


FIGURA 3

CONSERVADURISMO

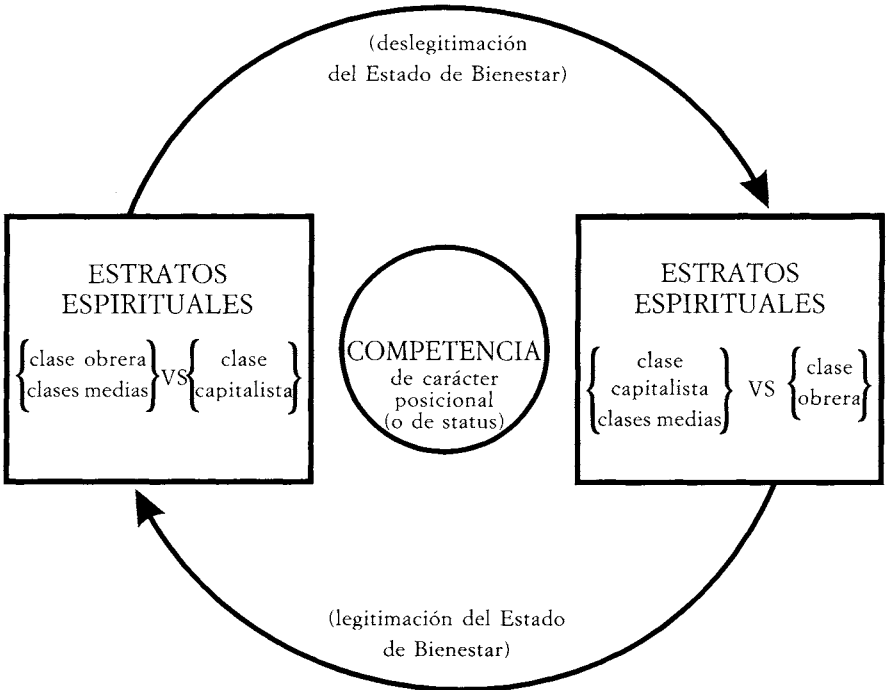
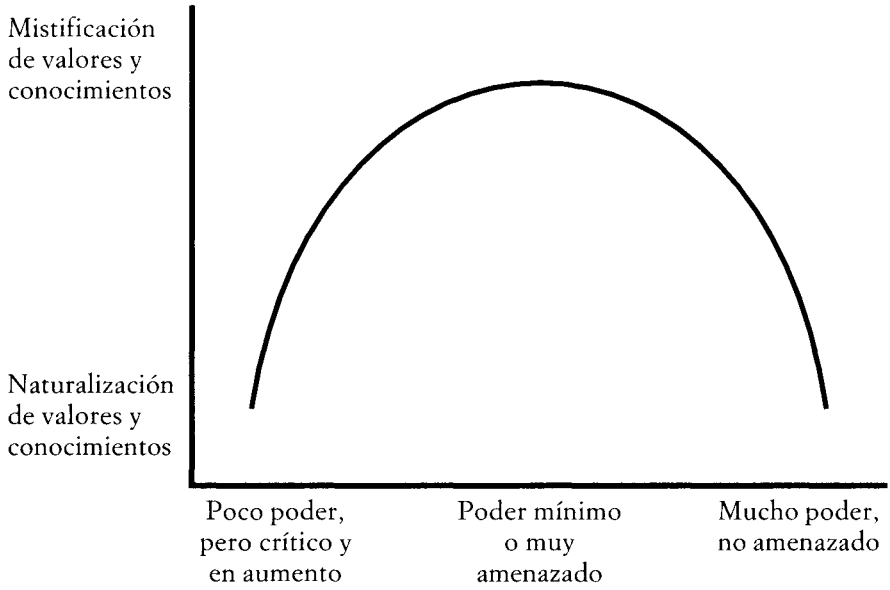


FIGURA 4

Ley de la mistificación. «Campana» de Mannheim/Bloor



FUENTE: *Bloor*, p. 69.

REFERENCIAS

- ALBER, J. (1984): «Versorgungsklassen im Wohlfahrtsstaat. Überlegungen und Daten zur Situation in der Bundesrepublik», IUE.
- BALDWIN, P. (1990): *The Politics of Social Solidarity*, Cambridge U. P., Cambridge.
- BELTRÁN, M. (1986): *La construcción administrativa de la realidad social*, INAP, Madrid.
- BERTILSSON, M. (1992): «The welfare state, the professions and citizens», en VV.AA., *The Formation of Professions*, Sage, pp. 114-133.
- BLOOR, D. (1976): *Knowledge and Social Imaginery*, Routledge & Kegan Paul, London.
- BUCHANAN, J. M. (1973): *La hacienda pública en un proceso democrático*, Aguilar, Madrid.
- CALLON, M./LATOUR, B. (1981): «Unscrewing the big Leviathan: how actors macro-structure reality and how sociologists help them to do so», en VV.AA., *Advances in Social Theory and Methodology*, Routledge & Kegan Paul, London, pp. 277-303.
- CARABANA, J. (1987): «¿Desplazan en el mercado de trabajo español los que tienen más estudios a los que tienen menos?», *RE*, 283, pp. 101-130.
- CLAVERO, B. (1976): «Para un concepto de revolución burguesa», *Sistema*, 13, pp. 35-54.
- COMUNIDAD DE MADRID (1992): *IMI*, vol. 2: *La integración*, Madrid.
- DAHRENDORF, R. (1983): «Grenzen der Gleichheit», *Zeitschrift für Soziologie*, 12: 1, pp. 65-73.
- DE SWAAN, A. (1988): *In Care of the State*, Polity, Cambridge.
- DOUGLAS, M. (1987): *How Institutions Think*, Routledge & Kegan Paul, London.
- ELIAS, N. (1983): *Engagement und Distanzierung. Arbeiten zur Wissenssoziologie I*, Suhrkamp V., Frankfurt.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990): *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Polity, Cambridge.
- ESTEVE, F. (1989): «Bienestar y economía posicional», en VV.AA., *Crisis y futuro del Estado de Bienestar*, Alianza, Madrid, pp. 101-124.
- FIORINA, M. P./NOLL, R. G. (1978): «Voters, legislators and bureaucracy», *American Economic Review*, 68, pp. 256-260.
- GARON, S. (1992): *El estado y los trabajadores en el Japón contemporáneo*, MTSS, Madrid.
- GOULDNER, A. (1973): *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1979): *La sociología actual: renovación y crítica*, Alianza, Madrid.
- HABERMAS, J. (1982): *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., Taurus, Madrid.
- (1985): «Die Neue Unübersichtlichkeit. Die Krise des Wohlfahrtsstaats und die Erschöpfung utopischer Energien», *Merkur*, 39: 1, pp. 1-14.
- HOGGETT, P. (1990): «Modernisation, political strategy and the Welfare States», *SDQ-M*, 2.
- KOHLI, M. (1985): «Die Institutionalisierung des Lebenslaufs», *KZfSS*, 37: 1, pp. 1-29.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1993): «La crisis del positivismo clásico y los orígenes de la sociología del conocimiento en Karl Mannheim», en VV.AA., *Escritos de Teoría Sociológica*, CIS, Madrid, pp. 565-602.
- MACY, M. W. (1991): «New-Class Dissent in the U.S. and Sweden: A State-Centered Explanation», *dactgr*.
- MANNHEIM, K. (1924): «A sociological theory of knowledge and its knowability: conjunctive and communicative thinking», en *ibid.*, *Structures of Thinking*, Routledge & Kegan Paul, 1982.
- (1925a): *Konservatismus*, Suhrkamp V., Frankfurt, 1984.
- (1925b): *El problema de una sociología del saber*, Tecnos, Madrid, 1990.
- (1928): «Die Bedeutung der Konkurrenz im Gebiete des Geistigen», en V. Meja/N. Stehr (Hrg.), *Die Streit um die Wissenssoziologie*, Frankfurt, 1982, tomo 1, pp. 325-370.
- (1936): *Ideology and Utopia*, Routledge & Kegan Paul, London, 1991.
- (1950): *Liberal, poder y planificación democrática*, FCE, México, 1982.
- (1957): *Sociología sistemática*, Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid, 1960.
- MARSHALL, T. H. (1973): *Class, Citizenship and Social Development*, Greenwood P., Connecticut.
- MAYER, K. U./MÜLLER, W. (1989): «Lebensverläufe im Wohlfahrtsstaat», en VV.AA., *Handlungsspielräume*, F. Enke, Stuttgart, pp. 41-60.

- NOYA, J. (1993): «Clases sociales, actitudes ante la desigualdad y (des)legitimación del Estado de Bienestar en España (1980-1993)», dact.
- OFFE, C. (1990): «Akzeptanz und Legitimität strategischer Optionen in der Sozialpolitik», en VV.AA., *Sicherheit und Freiheit*, Suhrkamp, Frankfurt.
- POMMERHINE, W. W./SCHNEIDER, F. (1978): «Fiscal illusion, political institutions, and local public spending», *Kyklos*, 31: 3, pp. 381-408.
- PRZEWORSKI, A. (1988): *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza, Madrid.
- REMMLING, G. W. (1982): *La sociología de K. Mannheim*, FCE, México.
- SALAS, R./BAVEREZ, N./REYNAUD, B. (1990): *La invención del paro en Francia*, MTSS, Madrid.
- SCHÜTZ, A. (1974): *El problema de la realidad social*, Amorrortu, Buenos Aires.
- SIMMEL, G. (1908): *Sociología I. Estudios sobre las Formas de socialización*, Revista de Occidente, Madrid, 2.ª ed., 1977.
- STEHR, N. (1992): *Arbeit, Eigentum und Wissen: Zur Theorie von Wissensgesellschaften*, Suhrkamp, Frankfurt.
- THIERBORN, G. (1987): *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo XXI, Madrid.
- (1990): *Por qué en algunos países hay más paro que en otros*, Alfons el Magnànim, Valencia.
- TURNER, B. S. (1992): «Preface», en K. MANNHEIM, *Essays on the Sociology of Culture*, Routledge & Kegan Paul, London, pp. IX-XXXIV.
- WEGENER, B. (1992): «Gerechtigkeitsforschung und Legitimationsnormen», *ZfS*, 21: 4, pp. 269-288.
- WOLDRING, H. E. S. (1986): *K. Mannheim*, Van Gorcum, Assen.
- WOLFE, T. (1973): *La Izquierda exquisita & Mau-mauando al parachoques*, Anagrama, Barcelona.
- WRIGHT, E. O./CHIO, D. (1993): «Empleo estatal, ubicación de clase y orientación ideológica», *Política y Sociedad*, 11, pp. 7-25.
- ZULIAN, H. G. (1990): «Von Menschen und Zahlen: Zur alltäglichen Organisation der Arbeitslosenstatistik», en VV.AA., *Arbeitslosigkeit*, Springer V., Berlin, pp. 25-44.

RESUMEN

El autor aborda la temática fundamental del segundo Mannheim, la planificación democrática, desde algunos conceptos de la sociología del conocimiento del primer Mannheim (los estratos espirituales, el conocimiento conjuntivo y el conocimiento comunicativo, y la competencia). Se pretende con ello iluminar algunos aspectos poco tratados de la legitimación del Estado de Bienestar, como son la naturaleza de las categorías sociales portadoras de la legitimación o la deslegitimación, los filtros y la articulación del componente cognitivo de esas actitudes y, finalmente, la dinámica de clase que rige el cambio de los valores respecto al Estado de Bienestar.

ABSTRACT

The author addresses some central themes of the 2nd Mannheim departing from several categories of the 1st Mannheim. In this way, the author aims to highlight forgotten aspects of the legitimation of the Welfare State: the nature of the relevant collective actors, the filters and structure in the cognitions involved in that legitimation, and the social class dynamics of the attitudes towards the Welfare State.

NOTAS DE INVESTIGACION